

PUBLICADOS Y EN VENTA

EN LA

LIBRERIA "LA ILUSTRACION"

DE D. RAFAEL B. ORTEGA,

PRIMERA DE SANTO DOMINGO N.º 12.

PRIMERA SERIE, DE 12 TOMOS.

Manuel Acuña, Manuel M. Flores, Antonio Plaza, Ignacio M. Altamirano, Esther Tapia de Castellanos, Ignacio Rodríguez Galván, Juan de Dios Peza, Sor Juana Inés de la Cruz, Guillermo Prieto, Manuel Carpio, José Rosas Moreno, José Joaquín Fernández de Lizardi, (El pensador mexicano.)

SEGUNDA SERIE, DE 12 TOMOS.

Peon y Contreras, Ignacio Ramirez, Luis Gonzaga Ortiz, Isabel Prieto de Landázuri, Agustín F. Cuenca, Francisco Sosa, Juan Valle, Dolores Guerrero, Fernando Calderón, Ignacio Montes de Oca, Salvador Díaz Mirón, Juan Díaz Covarrubias.

TERCERA SERIE, DE 12 TOMOS.

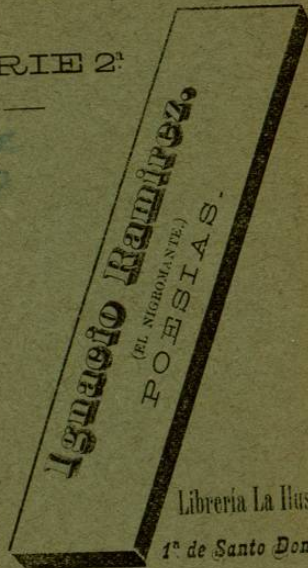
EN PREPARACION. *José Joaquín Pesado, Justo Sierra, Pantaleón Tovar, Refugio Barragán de Toscano, Fray Manuel Navarrete, Francisco Granados Maldonado, Juan A. Mateos, Laureana Wrigth de Kleinhans, José M.º Roa Bárcena, José T. de Cuéllar, José Sebastián Segura, José M.º Esteva.*

PO7250

El Parnaso Mexicano.

PUBLICACION ECONOMICA.

SERIE 2.ª



Libreria La Ilustración.

1.º de Santo Domingo 12.

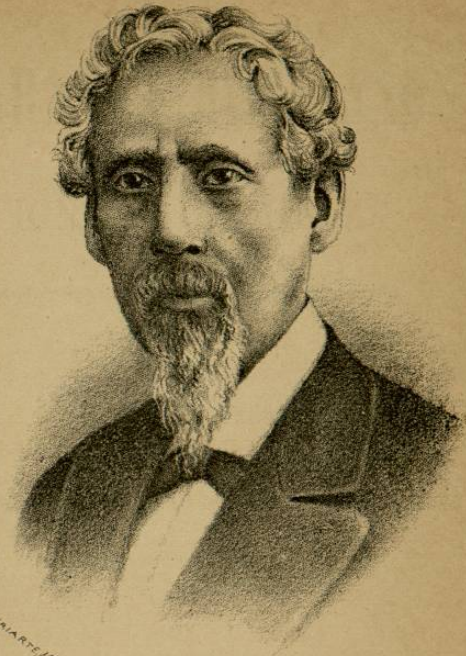
MEXICO.

1885.

EL PARNASO MEXICANO

Ignacio Ramirez
(EL NIGROMANTE.)

Es propiedad del editor, quien la tiene asegurada conforme á la ley.



LITH. J. MATE, MEXICO.

Juan P. Ramirez

EL
PARNASO MEXICANO

IGNACIO RAMIREZ

(EL NIGROMANTE)

Su retrato y biografía con el juicio crítico de sus obras,
y poesías
escogidas de varios autores

COLECCIONADAS POR

FRANCISCO J. ARREDONDO

bajo la dirección del

General D. Vicente Riva Palacio

Contando además con la colaboración
de los más distinguidos literatos, tanto de la Capital,
como de los Estados.

LIBRERIA LA ILUSTRACION.
12-PRIMERA DE SANTO DOMINGO-12

México 1º de Diciembre de 1885.

LIBRERIA DE ILUSTRACION

IGNACIO RAMIREZ

EL NIGROMANTE

LIBRERIA DE ILUSTRACION

LIBRERIA DE ILUSTRACION

LIBRERIA DE ILUSTRACION

LIBRERIA DE ILUSTRACION

LIBRERIA DE ILUSTRACION

IGNACIO RAMIREZ.

(EL NIGROMANTE.)

En un pueblo pintoresco de Guana-
juato, donde nacieron algunos de los
primeros héroes de la independenciam, en
San Miguel el Grande, llamado hoy de
Allende, vió Ignacio Ramirez la luz pri-
mera, el 23 de Junio de 1818.

Sus padres eran indios de raza pura,
no corrompida con la mezcla de sangre
extraña; su progenitor, Lino Ramirez,
era tarasco de la tribu de Querétaro, y
la madre, Sinforosa Calzada, azteca de
Tlacópam.

Ignacio Ramirez, tenía orgullo en su
casta, y siempre que había una oportu-
nidad, se jactaba de su origen; hagamos
en prueba de esto una recordación, aun-
que interrumpamos el orden cronológi-
co anticipándonos algunos años más allá
de aquel en que estamos.

Fundado había Ramirez un periódi-

co en la ciudad de Toluca, para sostener las ideas más avanzadas del partido democrático, y cuyo solo nombre revela su espíritu intencionado: intitulábase *Themis y Deucalión*. En uno de sus números y en un suelto de gacetilla, lamentábase Ramírez de tres sucesos que calificaba de infaustos, y eran, la vuelta del Papa á Roma, por el poder de las bayonetas francesas, la desgracia de Garibaldi, y la derrota de Narciso López, que había proclamado la Independencia de Cuba.

Publicábase á la vez, en la capital, otro periódico llamado *El Huracán*, que estando redactado por españoles, contestó á Ramírez, llamándole *indio*. Ignacio Ramírez, replicó entonces, en unos tercetos frementes de indignación, que relampagueaban en sarcasmos, y en cuya punzante ironía se revelaba el odio implacable de raza.

Entre esos tercetos, se leía el siguiente:

.....
 "En *indio* ser mi vanidad se funda,
 "Porque el indio socorre en su miseria
 "A los vasallos de Isabel segunda."

Retrocedamos al punto donde comenzó nuestra divagación.

Muy niño era aún Ramírez, cuando se sintió arrastrado por las tempestades políticas: su padre estaba filiado con el partido liberal rojo; y al subir el jefe de éste al poder, el immaculado patriota Valentín Gómez Farías, D. Lino Ramírez, fué nombrado Gobernador de Querétaro, á donde se encargó de ejecutar la primera ley de ocupación de los bienes del clero, que produjo una revolución que derribó al partido democrático.

Ignacio Ramírez, entre tanto, continuaba en el Colegio de San Gregorio de la Capital, los estudios literarios que había comenzado en Querétaro.

En aquel entónces, había en México una asociación literaria, denominada: "Academia de San Juan de Letrán," que se reunía en el colegio de este nombre, y que había alcanzado en el país un alto renombre por estar formada por los sabios y literatos que más fama habían alcanzado, como Luis de la Rosa, Carpio, Pesado, Lafragua, Otero, Lacunza, Cardoso y otros cien que sería muy largo enumerar.

A pesar de que reinaba un altivo exclusivismo en el seno de aquella Aca-

demia, que no dejaba ingresar á ella á los neófitos de las letras, sino después de algunas pruebas, un día se vió penetrar en aquel recinto un joven de aspecto sombrío, de rostró prolongado, cuyo color oscuro tenía los reflejos verdosos del bronce por la infiltración biliosa, cuyos pómulos prominentes denunciaban la raza azteca, cuyo labio grueso se plegaba por una sonrisa burlona y sarcástica, y cuyos ojos centelleaban por unas pupilas brillantes de inteligencia, y rodeadas con una esclerótica inyectada de sangre y bilis.

El traje del joven revelaba su pobreza, y sus maneras el encogimiento típico del colegial.

Según el reglamento de la Academia, el candidato tenía que presentar una tesis de introducción. Ramirez ocupó la tribuna, y al leer el tema de su discurso, aquellas cabezas cubiertas de canas y de lauros, se levantaron con asombro, fijándose todas las miradas con avidez en el joven orador, que acababa de lanzar en aquel santuario de la ciencia un pensamiento que fulminaba las creencias y los dioses de aquel areópago.

La tesis de Ignacio Ramirez orlaba

sobre este principio: *No hay Dios, los seres de la Naturaleza, se sostienen por sí mismos.*

Los sabios y literatos de la Academia, educados unos en la escuela peripatética, que fué lo más avanzado en filosofía que pudo importar España á la colonia; nutridos otros con la dialéctica católica, é inficionados algunos con el enciclopedismo del siglo XVIII, que con cortas dosis y como un contrabando había pasado á la América latina, salvando la aduana de la conciencia que se llamó el *Index*, al escuchar aquella audaz enunciación sintieron el terror del presentimiento de que había llegado para México la hora de la crisis social, cuya primera trepidación sacudía el templo y el altar que adoraba un pueblo entero.

Ramirez, entre tanto, desenvolvía en su disertación una teoría enteramente nueva, fundada en los principios más severos de las ciencias exactas, y deduciendo de una serie inflexible de verdades experimentales la conclusión, inaudita hasta entonces, de que la materia es indestructible, y por consiguiente,

eterna: en este sistema podía suprimirse, por tanto, un Dios creador y conservador.

Cuando Ramirez concluyó de hablar, los académicos se pusieron en pié y felicitaron á aquel colegial oscuro, que, envuelto en una capa de sopista, se anunciaba como el apóstol de una revolución religiosa y filosófica que destruía toda la ciencia universitaria.

Lacunza, dijo estrechándolo en sus brazos: "Voltaire no hubiera hablado uior sobre este asunto."

y r

da danza se equivocaba: Ramirez no

Elecía á la escuela de Voltaire. El za, filósofo del siglo XVIII, el jefe de co úela enciclopédica de Francia, que su escepticismo burlón había herido de muerte las creencias legendarias de un vasto continente, sólo había sido el demoleador infatigable del pasado, que al levantarse con su genio inmortal sobre un montón de ruinas, ni una piedra llevaba para construir los cimientos del porvenir.

Sin Voltaire, jamás hubieran sido libres, ni el pensamiento, ni el hombre, ni el pueblo: todo lo derrumbó con su

prodigioso talento: el altar, el trono, la tradición y la historia apócrifa de las sectas y de la humanidad. Pero al escalar los cielos se detuvo en el dintel: y el filósofo que había atacado la religión con la duda y el epigrama, se empeñó en probar la existencia de Dios con una ecuación y con un problema geométrico.

Ramirez, con una intuición soberana, casi por un fenómeno inexplicable de adivinación, llegaba á formular las avanzadas conclusiones, que sólo más tarde sentaron los sábios del lado Norte del Rhin, y los pensadores de la escuela francesa.

"No hay Dios, los seres de la naturaleza se sostienen por sí mismos." — Hé aquí el lema con que se anunció Ramirez ante una sociedad retardataria, poco ilustrada, fanatizada por el imperio secular de España.

Si otro cualquiera hubiera lanzado ese grito de guerra que atentaba contra un Dios, contra las creencias de una era, y contra la filosofía presidida por Roma, la divina y la infalible, habría sido tomado como un jactancioso demente.

Pero Ramirez, tras de su tesis dejó

desbordar un torrente de ciencia que asombró á sus oyentes, que salvando los muros de la Academia, inundó la ciudad y se derramó después por todo el país.

México sintió el calosfrío del presentimiento, porque en aquel blasfemo principio, se traslucía una revolución religiosa y un cataclismo social que removería desde sus cimientos la sociedad vieja de construcción gótica, para darle la forma que exigía el progreso humano.

México, como todos los países latinos, sediento siempre de escándalo y emociones, recoje con avidez la noticia de todo hecho que sale del orden común: pronto, pues, como dijimos ya, cundió por la ciudad el rumor del tema sacrílego, presentado por Ramirez á la Academia de Letrán.

Los pensadores que aceptaron en su fuero íntimo, alguna de las ideas de Ramirez, aunque no se atrevieron á hacer pública profesión de ellas, lo respetaron y lo estimaron como un génio superior.

El vulgo, es decir, la mayoría de la Nación, sobre todo, el clero y las clases

acomodadas, en su fanática gazmoñería, con terror veían cruzar á aquel joven sombrío y meditabundo, tan pobremente vestido. Como las mujeres de Ravena al ver pasar al Dante por las calles, decían nuestros ignorantes timoratos:—
¡ese hombre viene del infierno!

Ramirez, entre tanto, abstraído en el estudio, recorría las bibliotecas públicas, porque no podía tener libros, y leía todo, y todo lo absorbía, asimilándose una gran dosis de ciencia, con esa selección de los talentos superiores que extraetan la doctrina, desechan lo excedente y lo falso, concretan, y sobre los conocimientos adquiridos, implantan sus propias deducciones.

Ignacio Ramirez se había consagrado al estudio del derecho para tener una profesión que ejercer; pero eso no bastaba á su deseo inagotable de saber. Las ciencias exactas, las ciencias físicas y naturales, y aun las más abstractas, le absorbieron largos años de consagración. Todo lo sabía Ramirez, y á su saber imprimía un carácter propio, enteramente original.

Después de esta preparación intelectual, que le había conquistado un lugar

importante en el partido más audaz de la época, en el federal, Ramirez entró con la vicera levantada al campo de la política.

Se creó en aquel entónces, en la capital de la República, un club popular que era el que preparaba la marcha de la administración en el sentido liberal y reformista. Ignacio Ramirez, era uno de sus más vigorosos oradores.

En esa época, salió un periódico redactado por Ramirez, Prieto y Payno, y más tarde, por Agustín Franco, ese poeta de la escuela byroniana, cuyo nombre y cuyas obras nadie recuerda yá, porque se extinguió como una estrella errante.

Ese periódico, que no sólo brilló en su época, sino que los pocos ejemplares que quedan, se buscan con avidez, se intituló: *Don Simplicio*; y chispeante, agresivo, preñado de sarcasmo y de salática, alcanzó una inmensa popularidad y originó á los que escribían en él, todo el odio del gobierno conservador, que, sintiéndose herido de muerte y ostigado por la flagelación continua de *Don Sim-*

plicio, suspendió su publicación y redujo á prisión á sus redactores.

Santa-Anna, ese Proteo político, que para escalar tantas veces el poder, adoptó todos los credos políticos, fué electo Presidente de la República, en Diciembre de 1846, después de la revolución iniciada en Guadalajara, contra Paredes.

Así quedó restablecido el sistema federal, entronizándose de nuevo el partido democrático.

Al organizarse los Estados, bajo la forma constitutiva que les garantizaba su soberanía, el de México, uno de los más extensos de la Federación, y cuyas costas bañaban dos mares, fué confiado á la hábil administración del Sr. Olaguíbel, quien, apreciando los talentos de Ramirez, lo llevó á una de las Secretarías de Gobierno.

El hombre de Estado pudo entonces aplicar en el terreno práctico y en una vasta escala, sus teorías reformistas. Consagrado día y noche al trabajo, formulaba las disposiciones gubernativas, iniciaba cuanta mejora creía conveniente en los servicios públicos, y no sólo tuvo la mayor parte del trabajo de la

reconstrucción política y social del Estado, sino que planteó los principios que más tarde debía desarrollar en toda su latitud la Reforma.

En aquellos momentos, y cuando México no podía sofocar la guerra civil, que extinguía sus fuerzas vitales, sintió sus fronteras invadidas por tropas norte-americanas.

El país se preparó á la defensa del territorio nacional, con valor, pero sin aliento, porque comprendió que no podría resistir con ventaja el impulso de una nación tan poderosa como la que amenazaba nuestra independencia.

Los Estados se aprestaron á levantar su contingente de hombres y dinero, y el de México fué uno de los que más se distinguieron en esa ocasión, porque Ignacio Ramirez, que tenía á su cargo la Secretaría de Guerra, cuidó especialmente de la organización de la guardia nacional del Estado, que algún tiempo después concurrió á la batalla del Valle de México. Al frente de las tropas estaba el gobernador; y Ramirez, que no lo había abandonado, concurrió á aquella acción de armas.

Las graves atenciones de la guerra, la

preocupación unánime de salvar la autonomía nacional, y la escasez del tesoro público, no impidieron que el partido liberal, que gobernaba en la República, y sobre todo, en el Estado de México, planteara audazmente algunos de los principios radicales de su programa.

Como una simple recordación, mencionaremos aquí, que en aquella luctuosa época cometió el partido clerical su tercera traición contra la patria. Después de haber combatido la independencia proclamada por Hidalgo, y después de haber falsificado el pensamiento de ella con la defección de Iturbide, ayudó eficazmente á la ocupación del país por los americanos; y por odio al partido democrático y por salvar los bienes del clero, hizo un pronunciamiento, negándose á cooperar á la defensa nacional.

Ramirez, creó en torno del Ejecutivo del Estado un Consejo de Gobierno, formado por Iglesias, Valle, Carrasquedo, Prieto y Escudero y Echanove, que entonces era liberal.

De este Consejo, presidido por el gobernador del Estado, y en el cual irradiaba la luminosa iniciativa de Ramirez,

salieron leyes modelos, que, unísonas con el principio de libertad, han subsistido por largos años. Merecen mencionarse, como las más notables, la abolición de las alcabalas, ese *desideratum* de la democracia, que no ha podido realizar la Federación; la prohibición del juego, la abolición de las corridas de toros y la libertad de los municipios, como la base de la redención y salvación de la raza indígena, y la formación de la guardia nacional.

Entónces se reorganizó el Instituto literario, ese plantel donde se educaron muchos de nuestros hombres públicos que se han hecho notables en el foro ó en el parlamento.

Ramirez, aprovechando su condición de Secretario del Gobierno, impulsó poderosamente la fundación del Instituto, cuya dirección se confió al Sr. Felipe Sánchez Solís.

En esa época, se unió Ignacio Ramirez, en matrimonio, con la bellísima joven Soledad Mateos, construyendo aquellos dos corazones un hogar, que fué el santuario de los afectos más nobles, y donde brillaron todas las virtudes que se transmitieron á los dignos hijos de

aquellos esposos, que tan tiernamente se amaron.

Esa fué la faz más hermosa de la vida de Ramirez: era la única faceta de luz que brillaba en aquella alma, tallada como un diamante negro.

La noble esposa, la digna compañera de su vida, era merecedora del afecto que le profesaba aquel corazón tan grande y de la estimación en que la tenía aquella inteligencia tan superior.

Cruzó con Ramirez una larga vida de dolores, de angustias y de pruebas: se identificó con aquel carácter inflexible ante la desgracia, lo consoló en sus decepciones, se identificó con sus creencias, respetándolas, sufrió resignada las privaciones y las persecuciones, y cuando Ramirez ocupaba los puestos más altos de la República, su esposa se excusaba del brillo y de la ostentación, encerrándose en su honrado y modesto hogar.

Cubriré con un manto de flores la tumba de la matrona que precedió muy poco tiempo á su esposo en ese tránsito del sér al no sér. Al espirar su esposa se sintió á su vez herido de muerte: desde ese día dejó de latir la vida en aque-